

## «De la metalexigrafía a la lexicografía práctica, y viceversa»

**Javier Alonso Aldama**

**Marco A. Gutiérrez Galindo**

*Universidad del País Vasco/EHU\**

Participantes:

Elena Redonda (Universidad del País Vasco/EHU)

Blanca Urgell (Universidad del País Vasco/EHU)

Javier Uría (Universidad de Zaragoza)

Ramón Gutiérrez (Thesaurus Linguae Latinae, Múnich)

Marta Gómez (Cilengua y Universidad de La Rioja)

Ana Moure (Universidad Complutense de Madrid)

Christian Schmidt (Universidad de Bonn)

Marco A. Gutiérrez (moderador)

---

M. A. GUTIÉRREZ: Agradezco la presencia de todos nuestros invitados y colegas, y damos comienzo a esta Mesa Redonda estando todos al mismo nivel y esperamos que esta circunstancia contribuya a un diálogo más abierto y directo entre todos los presentes.

En primer lugar quería dar la palabra a la profesora Elena Redondo, profesora del área de Filología Griega del Departamento de Estudios Clásicos de la Facultad de Letras, cuyo Decanato tan generosamente ha acogido nuestras Jornadas.

---

\* La transcripción y edición de esta Mesa Redonda ha sido llevada a cabo por Javier Alonso Aldama, profesor del Área de Filología Griega del Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Éste ha contado con la ayuda inestimable de todas las personas que tomaron la palabra durante su celebración, en especial, con la del profesor Marco Antonio Gutiérrez, quien había sido el moderador de la misma. El editor del texto les agradece a todos ellos las mejoras que han aportado al texto, y declara que los errores que aún persisten en él son únicamente responsabilidad suya.

E. REDONDO: Como preámbulo a esta Mesa Redonda, voy a exponer con brevedad cómo surgió la terminología gramatical en la Grecia antigua.

El primer tratado de gramática griega que se conserva, el de Dionisio Tracio (c. 170-90 a.C.), es básicamente una morfología que presenta una terminología gramatical fijada. Dionisio fue un alumno de Aristarco en Alejandría, ciudad en la que elaboró su obra en los círculos de los filólogos que trabajaban en el Museo confeccionando ediciones de los textos.

Pero la lengua griega había sido también analizada y denominada desde otros ámbitos, especialmente desde los filosóficos. Aunque este análisis se llevó a cabo desde una perspectiva diferente y con objetivos distintos, la gramática se sirvió de conceptos y términos sacados de éste y de otros ámbitos variados (la retórica, la crítica literaria, la música, la medicina, la geometría, etc.), si bien combinándolos de un modo específico. Vamos a exponer, a continuación, los pasos más significativos en el camino de adquisición del lenguaje técnico de la gramática y concluiremos con un resumen de la descripción lingüística realizada en la obra de Dionisio Tracio, de manera que se pueda apreciar el dominio de la terminología gramatical que llegó a alcanzarse en una obra concreta.

Las primeras noticias sobre terminología gramatical las encontramos en relación con los sofistas. Estos intelectuales, que se ocupaban de la enseñanza de la retórica, desarrollaron una importante labor pedagógica en el ámbito del lenguaje. Así, del famoso sofista Protágoras (c. 490-420 a.C.), que enseñaba a sus discípulos la corrección en la expresión por medio del estudio de los poetas (*Protágoras* 333.a), sabemos que estableció un modo de estudiar las proposiciones generales, organizándolas en cuatro tipos (Diógenes Laercio, 9.53-54, Long): deseo, pregunta, respuesta y orden (ἐὐχολήν, ἐρώτησιν, ἀπόκρισιν, ἐντολήν). Pero sabemos también que otros habían llegado a una división cuatripartita diferente, como el sofista y orador Alcidas, que las clasificó (Diógenes Laercio, 9.54) en afirmación, negación, interrogación, alocución (φάσιν, ἀπόφασιν, ἐρώτησιν, προσαγόρευσιν); o bien que habían sido aislados siete tipos (Diógenes Laercio, 9.54): narración, pregunta, respuesta, orden, declaración, deseo y llamada (διήγησιν, ἐρώτησιν, ἀπόκρισιν, ἐντολήν, ἀπαγγελίαν, ἐὐχολήν, κλήσιν).

Protágoras usaba sus análisis con carácter preceptivo, según la noticia que transmite Aristóteles (*Poética* 19, 1456.b.15): este sofista reprochaba a Homero haber cometido una incorrección en el verso 1 de la *Iliada*, cuando suplica a la Musa (ἄειδε) por medio de una orden. Otra

muestra de este uso se aprecia en relación con la clasificación que hacía de los géneros de los nombres (Aristóteles, *Retórica* 1407.b 6), masculino, femenino y enseres (ἄρρενα, θήλεα, σκευή): como era evidente la falta de correspondencia entre el género del referente y el género gramatical, Protágoras consideraba que los géneros gramaticales debían ser corregidos, lo que le convirtió en objeto de burla de Aristófanes (*Nubes*, vv. 658 ss.). Esta forma de pensar, lleva a Diógenes Laercio (9.52) a comentar que Protágoras se preocupaba por la forma de las palabras, pero dejando en un segundo lugar la *diánoia*, el significado, que, seguramente, había sido hasta entonces, prácticamente el único objeto de atención.

Platón (427-347 a.C.) se ocupó en varios de sus diálogos (*Crátilo*, *Eutidemo*, *Teeteto* y *Sofista*) del tema del lenguaje, pero sólo en el *Crátilo* trató el lenguaje como problema. En esta obra el lenguaje es analizado como instrumento que sirve para llegar al conocimiento y desde un marco concreto de discusión, el debate entre el naturalismo o el convencionalismo de los nombres, según el cual las denominaciones que éstos tienen, o bien les son impuestas según su naturaleza, es decir, por una relación necesaria entre el sonido articulado y el significado o concepto, o bien, se les imponen por un convenio entre los hablantes. Sócrates, que se opone primero a una teoría y luego a la otra, acaba rechazando ambas y dejando en evidencia que el lenguaje no es un medio adecuado para acceder a la realidad. Pero, dentro de la argumentación en torno al naturalismo, se dedica una amplia sección al análisis etimológico de determinados nombres, que desemboca en una teoría mimética del lenguaje, según la cual la función de éste y su funcionamiento es el mismo que el resto de las artes imitativas. En este contexto tiene lugar un análisis de las formas lingüísticas, en el que se aíslan y denominan los ‘sonidos y las sílabas’ (389.d.5-6, εἰς τοὺς φθόγγους καὶ τὰς συλλαβάς), o las ‘letras’ y ‘sílabas’ (390.e.4, τὰ γράμματα καὶ τὰς συλλαβάς, cf. también 424.a.9 y 424.b.9); las vocales (424.c.5, τὰ φωνήεντα), ‘las consonante y mudas’ (424.c.6-7, τὰ τε ἄφωνα καὶ ἄφθογγα) y las que no son ni una cosa ni otra (424.c.8, καὶ τὰ αὖ φωνήεντα μὲν οὐ, οὐ μὲντοι γε ἄφθογγα). Este análisis de los sonidos elementales en términos de articulación y de acústica se apoya en investigaciones fonéticas realizadas dentro de la disciplina de la μουσική, que se dedicaba, desde el s. VI a.C. al estudio de la palabra poética. Pero Platón añadió que de la combinación de estos elementos se forman las sílabas (424.e.6, ποιούντες ὃ δὴ συλλαβαὶ καλοῦσιν), y con las sílabas se forman tanto nombres como verbos (424.e.6-425.a.1, συλλαβὰς αὖ συντιθέντες, ἐξ ὧν τὰ τε ὀνόματα καὶ τὰ ῥήματα συντίθενται),

combinando los cuales se obtiene un todo grande y hermoso (425.a.2-3, ἐκ τῶν ὀνομάτων καὶ ῥημάτων μέγα ἤδη τι καὶ καλὸν καὶ ὄλον συστήσομεν), el λόγος (discurso).

La lengua griega es estudiada por Platón en función de sus intereses, en tanto que instrumento para construir la epistemología y la ontología, de manera que en su análisis se sirve de terminología ya existente, pero la utiliza dentro de un sistema de relaciones diferentes y, por tanto, con un sentido también diferente.

Aristóteles (384-322 a.C.) en su tratado περὶ ἑρμηνείας, *Acerca del estilo*, se ocupó también de la lengua en tanto que las categorías del pensamiento, λόγος, se reflejaban en su expresión formal, λόγος (discurso). Por tanto, el estudio de la lengua es un modo de fundamentar la lógica. De ahí que las manifestaciones de la lengua, que son las proposiciones, sean analizadas para establecer su valor de corrección lógica, su verdad o falsedad. Su punto de partida es la constatación de que no existe una correspondencia biunívoca entre las palabras y sus referentes y que este hecho es el origen de los errores de interpretación de los que el uso de la lengua es la causa. Este punto de partida le conduce a aislar los significantes y a establecer una relación correcta entre significantes y significados. En las proposiciones se aíslan componentes con significado (φωναὶ σημαντικαί) que son el nombre y el verbo (ὄνομα, ῥῆμα), y los que no lo tienen (φωναὶ ἄσημοι), los cuales están divididos, a su vez, en ἄρθρον, término que abarca el artículo, el pronombre demostrativo y el relativo, y en σύνδεσμος, término que abarca las conjunciones, las preposiciones y las partículas. Además, en el ὄνομα se diferencian tres géneros, masculino, femenino e intermedio (ἄρρεν, θῆλυ, μεταξύ), y se distingue si se refieren a un solo ente o a varios (ἕν, πολλά, uno, múltiple). Por otro lado, tanto para el ὄνομα, como para el ῥῆμα, se descubre el mecanismo de las πτώσεις, que podríamos traducir como ‘formas que se apartan de la base’, con el que se da cuenta de las diferentes formas con las que puede aparecer una misma raíz.

En la *Poética* Aristóteles se ocupa de analizar el aspecto material, o significativo, de la lengua (capítulo 20, 1457.a): la λέξις. Dentro de ese estudio, se analizan los ‘modos de elocución’/‘figuras de expresión’ (1456b.9, τὰ σχήματα τῆς λέξεως), que son el mandato, la súplica, la narración, la amenaza, la pregunta, la respuesta y demás ‘modos semejantes’/‘cosas semejantes’ (1456b.11-13, ἐντολή καὶ τί εὐχή καὶ διήγησις καὶ ἀπειλή καὶ ἐρώτησις καὶ ἀπόκρισιν καὶ εἴ τι ἄλλο τοιοῦτον), los cuales, sin embargo, se dejan de lado por no pertenecer al

arte poética (1456.b.18-19), sino, como vimos en Protágoras, a la retórica. Lo que a Aristóteles le interesa son las partes de esa λέξις, que aísla en un orden creciente, atendiendo a su carácter elemental o complejo desde el punto de vista del significante, y a si son portadoras de significado y, si así es, a la complejidad que éste admita. Según estos criterios aísla ocho partes: ‘elemento’, ‘sílabo’, ‘conjunción’, ‘nombre’, ‘verbo’, ‘artículo’, ‘caso’ y ‘enunciación’/‘proposición’ (1456b.20-21, στοιχείον συλλαβῆ σύνδεσμος ὄνομα ῥῆμα ἄρθρον πτωσις λόγος). Aunque las denominaciones son ya conocidas, sus referentes han cambiado de acuerdo con el marco de análisis del estagirita.

Gracias a Diógenes Laercio (III d.C.) tenemos noticias (libro VII) de la importante labor lingüística llevada a cabo por los estoicos. Éstos, como Platón y Aristóteles, realizaron un análisis lingüístico dentro de la lógica: puesto que el pensamiento consiste en dar expresión a las impresiones que llegan desde el exterior al espíritu, configurándolas por medio del lenguaje, la lógica está dividida en retórica y dialéctica, siendo ésta última la ciencia que trata de la verdad del error, y, por tanto, la que se ocupa del estudio de los significantes y de los significados.

En el plano del significante los estoicos distinguen entre φωνή y λέξις, siendo la primera cualquier sonido, y la segunda el sonido articulado (del griego, es decir las veinticuatro letras de su alfabeto); a su vez λόγος es «un sonido con significado surgido de la inteligencia/pensamiento» (φωνῆ σημαντικῆ ἀπὸ διανοίας ἐκπεμπομένη). El rasgo distintivo del λόγος frente a la λέξις reside en el hecho de ser significativo, de manera que λέξις es cualquier sonido o cadena de sonidos que pudiera emitir un griego, p. e. βλίτυρι (onomatopeya del sonido de una cuerda que vibra), ya fueran éstos portadores de significado o no; mientras que λόγος abarca sólo aquellos sonidos que signifiquen algo. Cuando los sonidos expresan un sentido, designan acciones (πράγματα) y sólo entonces hablamos propiamente (λέγεται τὰ πράγματα). Las partes significativas del discurso ya habían sido analizadas anteriormente, así como distintos accidentes de las mismas. Los estoicos se sirvieron de ellas con algunos cambios: el género de los nombres lo designaron con los términos ἄρρεν, θῆλυ, οὐδέτερον, que se acabaron imponiendo frente a los de Protágoras y Aristóteles; en cuanto al número de los mismos, los dividieron en singular y plural (ἐνικά o πληθυντικά) y establecieron una clasificación según su significado: homónimo, sinónimo, privativo... (ὁμώνυμα, συνώνυμα, στερητικά). Por otro lado, usaron el término πτωσις (caso, flexión) para designar sólo un

accidente referido a los nombres. De Crisipo se tiene, además, la noticia de que escribió un tratado titulado *Sobre los cinco casos*.

Siguiendo a Aristóteles, distinguen los estoicos el ἄρθρον (artículo relativo), una parte flexiva del *lógos* que diferencia los géneros y los números de los nombres (στοιχεῖον λόγου πτωτικόν, διορίζον τὰ γένη τῶν ὀνομάτων καὶ τοὺς ἀριθμούς) y los σύνδεσμοι, que son las partes no flexivas del *lógos* que unen las partes de éste (σύνδεσμός ἐστι μέρος λόγου ἄπτωτον, συνδούς τὰ μέρη τοῦ λόγου). Y establecen una clasificación de éstos últimos: (συναπτικοί conectivos; αἰτιώδεις causales y διαζευτικοί disyuntivos, entre los que se citan un conjunto de elementos conectivos coordinantes y subordinantes).

Menos fructífera fue la clasificación de las frases en σύμβαμα (término que perteneció originariamente al ámbito jurídico y luego al lógico) o κατηγορήμα, que parece abarcar los predicados personales (p. e. Δίῳν περιπατεῖ), junto a παρασύμβαμα, que abarcaría los impersonales (p. e. μέλει Δίῳνι), con diversos subtipos.

De nuevo, por tanto, dentro de un sistema filosófico, los estoicos realizaron un análisis de la lengua griega descriptivo, una morfología y sintaxis del pensamiento, atendiendo al campo referencial de la palabra y se sirvieron para ello de la terminología ya existente, con las modificaciones e incorporaciones que su planteamiento requería. Estos filósofos, para quienes, siguiendo a Platón, el nombre de una cosa aportaba su verdad (*Crátilo* 429d, *Eutidemo* 286a, *Sofista* 236c), aplicaron al lenguaje el principio básico que los guiaba, conformarse a la naturaleza, en el sentido de emplear los nombres con su sentido propio y original, que era el que revelaba la verdad de las cosas. De ahí que admitieran con naturalidad la variedad de la lengua, a la que consideraban regida por el principio de la anomalía, y que dieran a su análisis un carácter descriptivo y no normativo.

La gramática, entendida como «un conjunto de conceptos organizados en un sistema de relaciones funcionando sobre un dominio o campo operatorio y con unos resultados que no pueden exceder su propio ámbito» (V. Bécares Botas, «Los orígenes de la gramática (griega)», *Estudios de prosa griega*, Gaspar Morocho Gayo (coor.), León, 1985, 182), nació entre los gramáticos que trabajaron en las bibliotecas de Alejandría, Pérgamo, Rodas y Éfeso. La labor fundamental de estos estudiosos era la παράδοσις o transmisión de textos, que comprendía su edición o fijación, así como su comentario y explicación. Eran, por tanto, ante todo filólogos y críticos de los textos que manejaban. La lengua les interesaba desde un punto de vista empírico, con el objetivo de establecer regularidades o

correspondencias entre los elementos lingüísticos, de manera que pudieran ser organizados en clases (principio de la analogía), y fueran útiles en la labor de edición, justificando la aceptación o rechazo de una forma determinada en virtud de los usos gramaticales así descritos.

La obra de Dionisio Tracio, el *Arte gramática* (Τέχνη γραμματική), es un reflejo de la labor de estos estudiosos. Esta obra no busca transmitir una teoría lingüística, ni estudiar las formas de expresión del pensamiento, ni enseñar a usar bien la lengua griega; su objetivo es ofrecer una capacitación que permitiera realizar el análisis textual y operar sobre el corpus constituido por autores considerados ya clásicos, entre los que estaban los áticos y Homero, que estaban escritos en un griego que ya no se hablaba.

La concisión de esta obra nos permite dar una visión panorámica del grado de evolución que había alcanzado la terminología gramatical griega en la época alejandrina. En los 25 capítulos que la componen se describe la fonética y morfología del griego de los textos destinados a transmitirse. Se comienza dando indicaciones sobre cómo esos textos debían ser leídos, atendiendo a los tipos de acento (περὶ τόνου) y al punto (περὶ σιγμῆς), en tanto que delimitador de unidades de sentido, así como a la rapsodia (περὶ ῥαψωδίας). Y, a continuación, se inicia el análisis de los elementos que componen el mensaje lingüístico: el capítulo 6, «Sobre el elemento» (περὶ στοιχείου), está dedicado a las 24 letras (γράμματα), entre las que se distinguen vocales (φωνήεντα), que pueden ser largas, breves y de los dos tipos, los diptongos (δίφθογγοι) y las consonantes (σύμφωνα), que son aquellas en las que su sonido se realiza en construcción (συν-) con las vocales. Pueden ser semivocales (ἡμίφωνα), mudas (ἄφωνα), entre las cuales se distingue entre ‘simples’ o ‘desprovistas (de aspiración)’, es decir, sordas (ψιλὰ), ‘densas’ o aspiradas (δασέα) y ‘medias’ o sonoras (μέσα); además, unas son ‘dobles’ (διπλᾶ) y otras ‘inmutables’ (ἀμετάβολα) o ‘líquidas’. Este capítulo se cierra señalando los ‘elementos’ (vocales o consonantes) finales de los nombres masculinos (ἄρσενικῶν ὀνομάτων), de los femeninos (θηλυκῶν) y de los neutros (οὐδέτερον) en nominativo singular, a los que se añaden tres finales de dual (δυσικῶν) y cuatro de plural, realizando, de este modo, una clasificación morfológica de los nombres. Se analiza, a continuación, la sílaba (capítulo 7, περὶ συλλαβῆς), definida como reunión de consonantes y vocales, y distinguiendo éstas últimas como su núcleo. Se las divide en largas (capítulo 8, μακρᾶς), breves (capítulo 9, βραχείας) y ‘comunes’ (capítulo 10, κοινῆς), que comprende tanto las sílabas largas contadas como breves, como las sílabas breves contadas como largas en el verso.

El capítulo 11 trata de la palabra (περὶ λέξεως), que es definida como «la parte más pequeña de una oración, construida según la sintaxis» (Λέξις ἐστὶ μέρος ἐλάχιστον τοῦ κατὰ σύνταξιν λόγου); mientras que la oración es «una composición en prosa que manifiesta un sentido completo» (Λόγος δὲ ἐστὶ πεζῆς λέξεως σύνθεσις διάνοιαν αὐτοτελεῖ δηλοῦσα). La oración tiene ocho partes o clases de palabras, que se agrupan según sus accidentes: las cinco que tienen flexión (nombre, verbo, participio, artículo y pronombre), seguidas de las tres invariables o sin flexión (preposición, adverbio y *súndesmos*), que se distinguen basándose en una fundamentación sintáctica («de orden con respecto a otros elementos»), aunque no se detallan sus funciones.

En el capítulo 12 se estudia el nombre (περὶ ὀνόματος), señalando sus tres géneros (ἄρσενικόν, θηλυκόν, οὐδέτερον), a los que algunos añaden el común y el epiceno (κοινόν τε καὶ ἐπίκοινον), y sus dos ‘especies’ (εἶδη), primitiva y derivada (πρωτότυπον καὶ παράγωγον), la cual, a su vez, se subdivide en otras siete subespecies: el patronímico, el posesivo, el comparativo, el superlativo, el diminutivo, el denominativo y el verbal (πατρωνυμικόν, κτητικόν, συγκριτικόν, ὑπερθετικόν, ὑποχοριστικόν, παρώνυμον, ῥηματικόν). Además se distinguen en él tres ‘figuras’ o ‘formas gramaticales’ (σχήματα): simple, derivado y compuesto (ἄπλοῦν, σύνθετον, παρασύνθετον), ejemplificados, sucesivamente por Μέμων, Ἄγαμέμων y Ἄγαμεμονίδης; y tres números, singular, dual y plural (ἐνικός, δυϊκός, πληθυντικός), y se deja constancia de los colectivos, como δῆμος, de plurales que representan a un singular, como Ἀθῆναι.

Los casos (πτώσεις) son cinco: el recto (ὀρθή), también llamado nominativo (ὀνομαστική) o directo (εὐθεῖα); el genitivo (γενική), también llamado posesivo (κτητική) y ‘paterno’ (πατρική); el dativo (δοτική), también llamado ‘epistolar’ (ἐπισταλτική); el causativo (αἰτιατική) y el vocativo (κλητική), también llamado ‘apelativo’ (προσαγορευτική).

Se distinguen, además, los tipos o especies (εἶδη), que son 24: propio (κύριον, como Ὅμηρος); apelativo o común (προσηγορικόν, como ἄνθρωπος); adjetivo (ἐπίθετον, referido al alma, como σῶφρων; al cuerpo, como ταχύς, o a lo que es exterior, como πλούσιος); el ‘respectivo’ (πρὸς τι ἔχον, como πατήρ, υἴος); el quasirrespectivo (ὡς πρὸς τι ἔχον, como νύξ, ἡμέρα); el homónimo (ὁμώνυμον); el sinónimo (συνώνυμον); el ferónimo o sobrenombre (φερώνυμον); el diónimo o doble nombre (διώνυμον, como Ἀλέξανδρος y Πάρις); el epónimo (ἐπώνυμον, como Φοῖβος, para Apolo); el gentilicio (ἐθνικόν, como Φρύξ); el interrogativo (ἐρωτηματικόν

o πειστικόν, como τίς); el indefinido (ἀόριστον, como ὅστις); los anafóricos (ἀναφορικόν, también llamados ‘correlativos’, ὁμοιωματικόν, ‘deicticos’ δεικτικόν o ‘corresponsivo’, ἀνταποδοτικόν, como τοιοῦτος); los colectivos (περιληπτικόν); los distributivos (ἐπιμεριζόμενον); los inclusivos (περιεκτικόν, como δαφνών, ‘bosque de árboles de laurel’) los onomatopéyicos (πεποιημένον); los genéricos (γενικόν); los específicos (ιδικόν); los ordinales (τακτικόν); los numerales (ἀριθμητικόν); los absolutos (ἀπολελυμένον) y los participativos (μετουσιαστικόν). Por último, en el nombre se descubren dos ‘voces’, según su participación en la acción (διαδέσεις): la activa (ἐνέργεια, como κριτής, ‘juez’) y la pasiva (πάθος, como ὁ κρινόμενος, ‘el que es juzgado’).

En el capítulo 13 se estudia el verbo (περὶ ῥήματος) y sus ocho accidentes: los modos: indicativo, imperativo, optativo subjuntivo e infinitivo (Ἐγκλίσεις μὲν οὖν εἰσι πέντε, ὀριστική, προστακτική, εὐκτική, ὑποτακτική, ἀπαρέμφατος); las voces: activa, pasiva y media (ἐνέργεια, πάθος, μεσότης), siendo esta última la que puede expresar tanto la activa, como la pasiva; las especies: primitiva y derivada (πρωτότυπον καὶ παράγωγον); las figuras: simple, compuesta y parasintética o derivada de compuesta (ἀπλοῦν, σύνθετον, παρασύνθετον); los números: singular, dual y plural (ἐνικός, δυϊκος, πληθυντικός); las personas: primera, segunda y tercera (πρῶτον, δεύτερον, τρίτον); y los tiempos: presente, pasado y futuro (ἐνεστώς, παρεληλυθώς, μέλλον), distinguiéndose, a su vez, en el pasado cuatro variantes: imperfecto, perfecto, pluscuamperfecto aoristo (παρατατικόν, παρακείμενον, ὑπερσυντέλικον, ἀόριστον).

El capítulo 14 está dedicado a la flexión analógica de los verbos: seis conjugaciones (συζυγία) de verbos ‘barítonos’ (βαριτόνων) o acentuados en la penúltima con un agudo (los labiales, velares, dentales, los que acaban en consonante doble o dos consonantes, los que acaban en líquida, los que acaban en vocal ‘pura’, es decir, no contractos), los ‘perispómenos’ o contractos (περισπωμένον) y los verbos en *-mí*.

El capítulo 15 trata del participio (μετοχή), al que únicamente se menciona, en tanto que participa de la propiedad de los verbos y de los nombres ya que tiene los mismos accidentes que el nombre y el verbo, con la excepción de la persona y el modo.

El capítulo 16 trata del artículo, definido como parte de la oración no flexiva que puede ser prepositiva o postpositiva, ya que incluye el artículo y el relativo (ἄρθρον ἐστὶ μέρος λόγου πτωτικόν... καὶ ἔστι προτακτικόν μὲν <ὁ>, ὑποτακτικόν δὲ <ὃς>), que tiene los accidentes de género, número y caso.

El capítulo 17 trata del pronombre, categoría que incluye los pronombres personales y los posesivos, ya que «es la palabra usada en lugar de un nombre, que indica personas determinadas» (Ἄντωνυμία ἐστὶ λέξις ἀντὶ ὀνόματος παραλαμβανομένη, προσώπων ὀρισμένων δηλωτική), con sus seis accidentes (persona, género, número, caso, figura y especies).

El capítulo 18 trata de la preposición, «palabra que se antepone a todas las partes de la oración en composición y en la frase» (πρόθεσις ἐστὶ λέξις προτιθεμένη πάντων τῶν τοῦ λόγου μερῶν εἴη τε συνδέσει καὶ συντάξει), grupo que abarca las dieciocho preposiciones propias, que también pueden ir en anástrofe.

El capítulo 19 trata del adverbio, «parte indeclinable de la oración que modifica al verbo o lo completa» (Ἐπίρρημά ἐστὶ μέρος λόγου ἄκλιτον, κατὰ ῥήματος λεγόμενον ἢ ἐπιλεγόμενον ῥήματι) y que se divide en simples y compuestos, según su forma y en veintiséis especies según su significado.

Por fin, el capítulo 20 trata de la ‘conjunción’ (περὶ συνδέσμου), definida como la palabra que «liga un pensamiento con orden y que completa los cortes del enunciado» (λέξεις συνδέουσα διάνοιαν μετὰ τάξεως καὶ τὸ τῆς ἐρμηνείας κεληνὸς δηλοῦσα). Se divide en nueve tipos: copulativas (συμπλεκτικοί), disyuntivas (διαζευκτικοί), condicionales (συναπτικοί), explicativas (παρασυναπτικοί), causales (αἰτιολογικοί), dubitativas (ἀπορρηματικοί), ilativas (συλλογιστικοί) y expletivas (παραπληρωματικοί), a las que algunos añaden las adversativas (ἐναντιωματικοί).

La labor que se realiza en la *Gramática* de Dionisio es la ordenación de las observaciones empíricas que se habían ido extrayendo de los textos clásicos en un cuerpo de doctrina coherente dentro de los ámbitos de la fonética y de las partes de la oración. Puesto que no cubría todos los niveles de análisis gramatical, esta obra se acompañó, desde antiguo, de obras suplementarias de prosodia, métrica, paradigmas verbales, preceptos gramaticales, etc. La claridad y concisión que se lograron en ella la hicieron útil como manual básico de enseñanza del griego en épocas posteriores, de manera que su influencia se detecta en prácticamente todos los manuales de iniciación a la lengua griega.

El mismo desarrollo técnico del vocabulario muestran otras dos obras, generadas igualmente en el marco de la gramática alejandrina, durante el siglo II: la de Apolonio Díscolo, en el ámbito de la sintaxis, y la de su hijo Herodiano, en el de la prosodia, ámbito en el que compuso un manual

técnico que constaba de veinte libros en los que se daba la acentuación de sesenta mil palabras.

En conjunto, las obras de Dionisio, Apolonio y Herodiano fueron las últimas creativas de las que se tiene noticia y, por tanto, las que determinaron la terminología gramatical de épocas posteriores. Con estos tratados se cierra la fase creativa de los estudios gramaticales griegos y, por tanto, la necesidad de nueva terminología.

En este breve recorrido hemos querido mostrar, por un lado, cómo se implementaba progresivamente el vocabulario técnico referido a la gramática, desde la pluralidad de los diversos puntos de vista posibles, con las lógicas interferencias entre ellos; y, por otro, cómo las mismas denominaciones aludían a realidades diferentes en tanto que el punto de vista desde el que se utilizaban era diferente y en tanto que se integraban en un sistema también distinto de relaciones entre ellos.

M. A. GUTIÉRREZ: Agradezco a la Profesora Elena Redondo esta exposición inicial de síntesis de la terminología gramatical griega; esperamos que esta circunstancia contribuya a un diálogo más abierto y directo entre todos los presentes. Pasamos ahora la palabra a la Profesora Blanca Urgell.

B. URCELL: Voy a hablar del *Diccionario histórico y etimológico de la lengua Vasca*. Comentaré en qué fase estamos. Objetivos generales: nuestro primer objetivo es la recolección del cuerpo de etimologías serias que se ha ido estableciendo fundamentalmente durante el último siglo del euskera, sobre todo con etimologías de las palabras tomadas en préstamo de las lenguas latina y romances, pero también de las que se han empezado a producir en cadena debidas a nuevos procesos de reconstrucción histórica de la lengua para reconstruir voces patrimoniales.

El propio proyecto establece una inercia de investigación, que es lo más interesante porque dará pie para rellenar las casillas vacías, sobre todo grupos de palabras, y también como vamos a tratar los hápax y aquellas palabras que no entran en las casillas que hasta ahora conocemos.

En primer lugar existe el problema para nuestro trabajo del estado deficiente del corpus de textos vascos debido a las pocas ediciones [críticas] utilizables de los mismos. Dentro del *Diccionario General Vasco* es muy heterogéneo el tratamiento de las palabras gramaticales, unas veces muy exhaustivo, y otras apenas se dice muy poco o incluso nada, como por ejemplo en el verbo ‘ahal’, donde no se dice nada.

Un segundo problema es la dispersión de los datos dialectales, o la falta completa o la inseguridad con algunas fuentes que nos dan información dialectal.

Es importantísimo saber qué clase de diccionario quieres hacer, qué información debe aparecer en ese diccionario, cuáles son los límites, qué cosas puedes hacer y cuáles no.

Entre nuestros primeros trabajos estaría diseñar la planta del diccionario.

Estamos aquí para aprender de los que ya están haciendo otros diccionarios.

J. URÍA: No repetiré cosas que ya se han dicho. Hablaré sobre los límites del léxico especializado. Al hacer la reseña del libro de Schad [Reseña de Samantha Schad, *A Lexicon of Latin Grammatical Terminology*. Pisa-Roma 2007, en *Historiographia Linguistica* 35: 1/2 (2008), 177-182] me percaté de que la autora opera con un criterio onomasiológico demasiado amplio. No cualquier cosa que describe un concepto es un término técnico. Se hubiera ahorrado muchas páginas si hubiera empleado un criterio más restrictivo. El uso de un criterio amplio hace que se escapen muchas más cosas. En la terminología lingüística greco-latina hay, según Bernard Colombat [«Quels termes latins retenir comme entrées pour *Dictionnaire de la terminologie linguistique?*», en B. Colombat-M. Savelli, *Métalangage et terminologie linguistique. Actes du colloque international de Grenoble*, Lovaina, 2001, 293-311], unos 166 términos fundamentales; en el libro de Schad seguramente haya ya más de esa cantidad tan sólo en la 'A'. Debe existir un criterio de selección.

Hay palabras que no se incluyen aunque haya otras similares o equivalentes (ver cuadro), bien por el sentido o bien por la forma, que en cambio sí aparecen, por ejemplo el verbo *effero*, frente a la omisión del sustantivo *elatio*.

Incluido	No incluido
<i>effero</i>	<i>elatio</i>
<i>prolatio</i>	<i>profero</i>
<i>dico</i>	<i>lego</i>
<i>prosa</i>	<i>uersus</i>
<i>accipio, sumo, recipio</i>	<i>capio</i>
<i>nomino</i>	<i>uoco, appello</i>

Cabe plantearse, en este sentido, en qué medida un sustantivo estilísticamente o semánticamente es más técnico que un verbo. Cicerón, en el *Orator* [137], usa, para evitar algunos términos técnicos, verbos o perífrasis que al lector no le suenan tan técnicos como los sustantivos correspondientes. Esto puede tener que ver con la propiedad especial de los sustantivos para la designación o para la anáfora y cosas por el estilo.

Como paso previo se pueden aplicar a la gramática latina los requisitos que cumplen los lenguajes de especialidad en tanto que sólo los usan unos pocos, y que no forman parte del conocimiento general de la lengua; esos requisitos aparecen en la obra que cito en primer lugar en el *hand-out* [M. T. Cabré, *La terminología. Teoría, método, aplicaciones*, Barcelona, 1993].

Es importante el concepto de los ‘usuarios especialistas’ y sobre todo la distinción entre ‘productores’ y ‘receptores’, lo que explica que se utilicen términos técnicos para referirnos a conceptos no técnicos, y términos no técnicos para esos conceptos técnicos. En los tratados gramaticales latinos hay una gran diversidad, desde los usos muy técnicos a los más ‘escolares’; incluso dentro de un mismo tratado hay diferentes niveles de especialización en el uso de los términos técnicos.

La gramática antigua puede situarse entre lo que se denominan situaciones comunicativas de tipo formal; pero dentro de ella hay una variada tipología de obras gramaticales, y cada una tiene unos destinatarios (tratados eruditos, manuales escolares o bien comentarios), lo que acarrea bastantes diferencias léxicas entre ellos en cuanto al uso de la terminología. Dada la constitución del corpus literario culto de la antigüedad a veces nos encontramos con tecnicismos gramaticales fuera de tratados técnicos específicos (es decir en situaciones comunicativas no formales): por ejemplo, Cicerón en el *De oratore* tiende a evitar tecnicismos (así por ejemplo evita el término *solecismo*, aunque sí lo describe [en 3, 40]) pero aún así para referirse a conceptos como caso, género, número, tiempo y otros por el estilo no tiene más remedio que utilizar dichos tecnicismos:

Cic. de orat. 3.40 *Atque, ut Latine loquamur, non solum videndum est, ut et verba efferamus ea, quae nemo iure reprehendat, et ea sic et casibus et temporibus et genere et numero conservemus, ut ne quid perturbatum ac discrepans aut praeposterum sit...* (Trad. J. J. Iso [Gredos 2002]: «Y, para hablar en latín, no sólo hay que procurar usar palabras que nadie con razón critique y de tal modo

que respetando los casos, tiempos, género y número, nada resulte confuso o disonante o en orden invertido...»)

Tecnicismos: *caso, tiempo, género, número*.

Perífrasis sustitutivas: *palabras que nadie con razón critique* (barbarismos), *nada... confuso o disonante o en orden invertido* (solecismos).

Otra deficiencia del libro de Schad es la exclusión de la terminología técnica de la retórica. Hay términos retóricos que pertenecen a la gramática, de manera que la distinción moderna tajante entre una y otra es artificial y no existía en la Antigüedad.

Por ejemplo hay términos de la retórica que son claramente sintácticos, como ‘solecismo’. Schad incluye *barbarus*, pero no *barbarismus*, por ejemplo, que sí es un tecnicismo, mientras que no lo es *barbarus*. A veces (ver cuadro) incluye palabras como *incongrue* en contextos que no tienen nada de técnicos, y en cambio las omite en contextos en que sí tienen uso técnico, pues se refieren a hechos propiamente gramaticales, como la concordancia.

Incluido	No incluido
<i>Barbarus</i>	<i>barbarismus</i>
<i>consequens, inconsequens</i>	<i>soloecismus</i>
Prisc. 3.239.8 <i>Caesar non incongrue protulit ‘ens’ a uerbo ‘sum, es’, quomodo a uerbo ‘possum, potes: potens’.</i>	Serv. GLK 4.447.12-13 <i>si (quis) autem nescius incongrue inter se numeros iunxerit, soloecismum fecisse iudicatur</i>

En fin, tenemos testimonios expresos que indican que la evitación del solecismo era a veces lo que motivaba que se escribiera una gramática, para evitar los solecismos en los discursos, por ejemplo los casos del autor de la *Retórica a Herennio* [4, 12, 17] o de Quintiliano [1, 5, 44].

Hay que identificar primero conceptos y a partir de ellos los términos. El problema surge porque los conceptos son difíciles de identificar, al no ser cosas tangibles. Las clases conceptuales suelen corresponderse con una clase de palabras concreta (los objetos o entidades, con nombres; los procesos operaciones y acciones, con verbos; las propiedades, estados y cualidades, con adjetivos, y las relaciones, con adjetivos o verbos).

¿Dónde poner la frontera entre lo técnico y lo que no lo es? Es difícil hacerlo, pues a veces depende del contexto. Hay que distinguir entre el ‘uso’ técnico y la ‘referencia’ técnica. Son técnicos verbos como *flectere* o *declino* cuando se refieren a hechos especializados y propios de la gramática, pero no, por ejemplo, *terminare*.

R. GUTIÉRREZ: Yo me temo que voy a exponer aquí, más que soluciones, problemas; pero la confección de todo léxico está llena de ellos, como también de aciertos y de fracasos. Pondré como modelo el *ThLL*, centrándome sobre todo en la fase primordial de la recopilación y la elaboración del material. No es una novedad decir que en un proyecto lexicográfico pueden distinguirse a grandes líneas dos fases: una previa, que consiste en el establecimiento de los fines y del método de la obra, la delimitación del corpus y la recogida del material; y otra más estrictamente lexicográfica, en la cual se examina el material reunido y, cuando menos, se expone éste de una manera orgánica y comprensible al lector. De la fase previa depende en gran medida el éxito de la empresa, y culmina con la redacción de la ficha lexicográfica, que ha de constituir el material de la redacción de las voces.

Mi intervención, como he dicho, se centrará en esta fase, y pretenderá ilustrarla con el ejemplo del *ThLL*, que fue modélico para su tiempo; en muchos aspectos lo es hoy en día, y tiene aún mucho que enseñar en todos los sentidos. Por ponernos en antecedentes históricos, diré que, una vez que el proyecto del *Thesaurus*, largamente debatido, logró aunar el apoyo de las academias alemanas, se comenzó en 1894 a despojar la literatura latina de forma exhaustiva hasta Apuleyo, éste inclusive, y selectiva hasta San Isidoro de Sevilla. Para ello Wölfflin reunió unos 250 colaboradores especialistas, y se establecieron dos sedes provisionales del *Thesaurus*, una en Gotinga y otra en Múnich. La de Gotinga fue dirigida por Leo y se ocupó fundamentalmente de la poesía y de las inscripciones; la de Múnich, por Wölfflin, y despojó la mayor parte de las obras en prosa. La confección de las fichas se concluyó muy rápidamente, en 1898, año en el que el archivo de Gotinga se trasladó a Múnich, en donde se estableció definitivamente la sede del *Thesaurus*. El despojo, como vemos, se realizó en un tiempo que puede calificarse de más que razonable, pero lo más interesante es que Wölfflin introdujo la especialización en el trabajo lexicográfico: entre el redactor y excerptor, por una parte, y entre los diversos filólogos dedicados a la recopilación del material, por otra, aprovechando en cada momento del trabajo lexicográfico las competencias específicas y los conocimientos de cada persona.

En efecto: el excerptor ha de estar atento a lo particular, al detalle de cada pasaje; el redactor, en cambio, ha de ser capaz de pasar de lo particular a lo general, valorando cada ejemplo no en sí, sino en relación con aquello que puede aportar al conjunto del artículo. En otras palabras: el redactor debe ser un experto en semasiología (esto, es verdad, depende de

la concepción de cada diccionario: semasiología en el caso del *Thesaurus*); el excerptor, a su vez, debe ser un especialista en el autor que despoja. Ahora bien, la labor de este último, si se sigue una juiciosa repartición del trabajo lexicográfico, no ha de limitarse a una mera lematización de las palabras contenidas en un autor, una obra o un género, sino ha de proporcionar al redactor un producto acabado y de inmediato uso bajo la forma de ficha lexicográfica. El excerptor, en efecto, no sólo ha de reunir material para cada ejemplo (variantes textuales, notas exegéticas, bibliografía), sino también juzgarlo, en calidad de experto, y exponerlo de la forma más pertinente. Puede fácilmente verse qué sucedería si se desdibujase esta neta distinción entre el despojo y la redacción: ello no sólo acarrearía una pérdida de tiempo a la hora de redactar una voz, sino que causaría una pérdida de calidad en el producto lexicográfico.

Para ilustrar todo lo anterior examinaremos brevemente el caso del *Thesaurus*. Wölfflin, como se ha dicho, encargó la preparación de las fichas a los expertos de cada autor, a partir de la edición que se tomó como canónica y que dio como resultado el llamado *Abkorrigiertes Exemplar* –véase la primera ilustración del *hand-out*<sup>1</sup>. De este modo, Marx preparó las fichas de Lucilio sobre la edición de Lachmann; Leo las fichas de Horacio a partir de la edición de Hertz; Hosius las de Lucano sobre su propia edición; las tragedias de Séneca fueron preparadas por Schenkl a partir de la edición de Leo, etcétera. El proceso seguido fue el siguiente. Se tomó la edición en cuestión y se dividió el texto en perícopas de unas trece líneas, dotadas de sentido completo, que están separadas por las rayas que se ven en la ilustración; en los márgenes del ejemplar y mediante llamadas, el experto, por una parte, valoró y señaló las variantes textuales que habían de ser obligatoriamente citadas; propuso, cuando lo estimó necesario, otras lecturas; explicó las construcciones difíciles, ofreció eventuales traducciones, hizo explícitas las referencias implícitas, indicó en los diálogos qué personaje estaba hablando, señaló lugares paralelos, etcétera. Por ejemplo, podemos ver que, en esta primera ilustración del *hand-out*, las dos primeras llamadas [en los vv. 2 y 3] son dos lugares paralelos de Valerio Flaco [1,608 y 1,22]; después, en la línea 19, vemos cómo se cambiaron las lecturas que ofrecía la edición

---

1 Reproducción de la primera página de la *Medea* de Séneca (versos 1-31), en la edición de Leo (1879), corregida y apostillada por Schenkl. Puede verse la siguiente dirección electrónica: <[http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour\\_1/bilder/abb03b.jpg](http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour_1/bilder/abb03b.jpg)>.

canónica en Sen. *Med.* 19, prefiriendo el *malum* de los códices al *malet* conjeturado por Leo.

En un segundo momento, cada una de estas perícopas fue transcrita en una ficha; y ésta, mediante unos procedimientos fototípicos muy novedosos para su época, se reprodujo tantas veces cuantas palabras aparecían en la perícopa. En la segunda ilustración del *hand-out* podemos ver la ficha-perícopa que reproduce la parte inferior de la primera página del *Abkorrigiertes Exemplar* antes mostrado (Sen. *Med.* 18-26)<sup>2</sup>.

El redactor de una voz, por lo tanto, basándose en el trabajo especializado del excerptor y la abundante información contenida en la ficha-perícopa, debía sólo ordenar según criterios semasiológicos el material contenido en las fichas; no debía volver sistemáticamente a la edición de referencia, valorar el aparato crítico, dilucidar el contexto, etcétera, con el consiguiente ahorro de tiempo y precisión en los particulares, garantizados por los conocimientos del excerptor.

Las fichas-perícopa, por desgracia, sólo fueron redactadas exhaustivamente hasta Apuleyo, mientras que para los demás autores, hasta san Isidoro, sólo se cuenta con fichas-*excerpta* (que contienen como mucho la transcripción de la frase en donde el ejemplo lexicográfico aparece, sin el aparato de referencias antes descrito), o bien con las fichas-índice en las que se ha transcrito o encolado una voz de un índice de autor, el ciceroniano de Merguet, pongo por caso; o bien, como tenemos en el ejemplo número tres del *hand-out* [ficha-*excerpta* de la voz *palma*]<sup>3</sup>, la transcripción de una voz del índice de Mommsen a su segunda edición de Solino.

Es fácil imaginar la pérdida de tiempo que, en lo que toca a estas fichas, entraña localizar las referencias que en muchísimos casos remiten a una edición desfasada, encontrar el ejemplo en una nueva edición canónica, copiar el texto del pasaje, estudiar las variantes textuales, comprender el contexto... A esto se añade que el paso del tiempo también ha dejado su huella en las fichas-perícopa, que por lo general han de ser cotejadas con las ediciones modernas, y ya no sirven al fin para el que fueron concebidas, es decir, el ser de empleo inmediato por parte del redactor de una voz. En esta revisión y ampliación del material se pierde, según

---

2 La citada ilustración puede verse en <[http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour\\_1/bilder/abb05.gif](http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour_1/bilder/abb05.gif)>.

3 La reproducción de esta ficha se encuentra en <[http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour\\_1/bilder/abb06.gif](http://www.thesaurus.badw-muenchen.de/tour_1/bilder/abb06.gif)>.

mis cálculos, al menos un cuarto del tiempo que ha de ser empleado en la redacción de una voz.

Ante este problema cabe preguntarse si ante estos defectos del material de base podría acudir a las bases de datos comerciales hoy disponibles (*Bibliotheca Teubneriana Latina*, *CETEDOC*, *CLCLT*, *Patrologia Latina*, *Phi5*, la plataforma Brepols). Estas bases de datos presentan dos problemas fundamentales, en relación al corpus y al texto en ellas contenido. Al no presentar un texto crítico, el redactor no puede conocer, valorar y, dado el caso, lematizar las variantes textuales; por otra parte, estas bases pueden no contener todo el corpus que un proyecto pretenda manejar. Pensemos en autores médicos tardíos, como el Oribasio latino, la *Physica Plinii*, el Hipócrates latino, etcétera. Así, pongo por caso, si quisiéramos documentar la palabra *ranula*, nos encontraríamos con que el *CLCLT* ofrece un ejemplo de San Ambrosio, no presente en las fichas del *Thesaurus* [AMBR. Aug. c. Iulian. 2,7,19], y omite todos los pasajes de Vegecio, Oribasio y la *Physica Plinii* que documentan las acepciones técnicas de este vocablo. Combinando las fichas del ThLL con el nuevo ejemplo tomado del *CLCLT* podríamos esbozar el siguiente artículo:

**ranula** ae f. a rana *deminutive*.

- 1 *proprie, i. q. parva rana*: APVL. met. 9, 34, 3 (*narratur prodigium*) de ore pastoricii canis virens exiit -a. AMBR. Aug. c. Iulian. 2,7,19 quomodo animam ... in noctuis includat aut -is. ENNOD. epist. 8, 8, 2 p. 206, 9 (*cf. Hor. sat. 2, 3, 308*) distensam per tormenta -am longis hominibus coaequabo.
- 2 *translate, secundum formam: a pars unguium* [*hisp. 'ranilla'*]: VEG. mulom. 1, 56, 31 oportet... ferramento lotiosorum animalium soles -asque purgari, quod... fortiores ungulas reddit. 2, 58, 4 *ungentum* per cannam instillas unguis, provisorius ne coronam tangas aut -as. **b morbus, tumor quidam sub lingua** [*hisp. 'ránula'*]: VEG. mulom. 4, 5 de -is oris: periculosum fastidium bobus -ae faciunt, quae aperienda sunt... exseces -am, post vino os lavatur, *eqs.* PLIN. phys. Bamb. 28, 3 ad -am oris: eruginem campana, alumen cata modicum... pone sub lingua et gargarizet (*cf. ORIBAS. eup. 1, 52 La p. 423, 2 pulvis qui facit ad -a sub lingua*).

Así pues, con la información contenida en las bases de datos sólo llegaríamos a documentar la existencia de un significado propio de *ranula* ('pequeña rana'), pero no los significados técnicos 'ranilla' (parte de la uña de los caballos) y 'ránula' (tumor que aparece debajo de la lengua

de los animales). Lo mismo se da en muchas otras voces, sobre todo las técnicas o de época tardía.

Pese a todo, no cabe duda de que en los nuevos proyectos lexicográficos la informática habrá de constituir la base no sólo del despojo de los textos, sino incluso del tratamiento y ordenación de la información (es decir, de la redacción de las voces). Dadas las infinitas posibilidades que hoy en día ofrece el *html*, sería interesante desarrollar una interfaz que permitiera (por medio de marcos, de *links*, etc.), reproducir la forma de las fichas-perícopa, a partir de un corpus electrónico dotado de variantes textuales y de notas exegéticas y bibliográficas.

Este sistema permitiría un gran ahorro de tiempo en la redacción de las voces, aspecto fundamental en los proyectos lexicográficos. Éstos, en efecto, consisten en cierto modo en una lucha contra el tiempo, y han de concebirse de manera que puedan ser realizados en un tiempo razonable y reflejen un estado homogéneo de los estudios filológicos. Y ello no sólo porque los posibles avances de la lingüística y los estudios literarios y textuales puedan variar la interpretación del material, sino porque este mismo puede cambiar mediante la aplicación de la crítica textual y la publicación de nuevas ediciones de referencia, dando lugar a incongruencias internas y a incomodidades para el lector. Pensemos, por ejemplo, en cambios de numeración en colecciones epigráficas, o distintas formas textuales en la cita de un mismo pasaje dentro de una misma obra lexicográfica para ilustrar voces diversas. Pero este, la crítica textual, es un tema que ciertamente nos llevaría demasiado lejos.

Resumiendo nuestra intervención: podemos decir que el éxito de una empresa lexicográfica no sólo se basa en un material completo y actualizado, sino en la especialización de las tareas y la adecuación de los objetivos a un tiempo razonable de la ejecución<sup>4</sup>.

---

4 Nota bibliográfica: Sobre la lexicografía latina en general, véanse: F. HEERDEGEN, «Lateinische Lexikographie», en F. Stolz-J. H. Schmalz, *Lateinische Grammatik*, Múnich 1910, pp. 689-718. D. KRÖMER, «Lexikographie. II. Latein, Allgemein», en *Der neue Pauly*, Band 15/1, Stuttgart-Weimar 2001, cols. 131-142. D. KRÖMER, «Die zweisprachige lateinische Lexikographie seit ca. 1700», en F. J. Hausmann *et alii* (eds.), *Wörterbücher - Dictionaries - Dictionnaires. Ein internationales Handbuch zur Lexikographie*. Dritter Teilband. Berlín - Nueva York 1991, pp. 3030-3034. Sobre el *ThLL* en particular, véanse W. EHLERS, «Der *Thesaurus linguae Latinae*. Prinzipien und Erfahrungen», *Antike und Abendland* 14, 1968, pp. 172-184. P. FLURY, «Vom Tintenfaß zum Computer», en Krömer (ed.) *Wie die Blätter am Baum, so wechseln die Wörter*. Stuttgart-Leipzig 1995, pp. 29-56. P. FLURY, «Der *Thesaurus linguae Latinae*», *Eirene* XXIV, 1987, pp. 5-20.

M. A. GUTIÉRREZ: Gracias por esta magnífica síntesis del *Thesaurus*, la madre, en este caso el padre de todos los diccionarios, en el que tantos se han mirado, tantos nos seguimos mirando, y que para tantos ha sido un espejo de bondades.

Aún antes de que esté terminado, si es que algún día se llega a terminar, nos dice todavía algunas cosas interesantes.

Continuamos y con mucho gusto cedemos, ahora, la palabra a la doctora Marta Gómez de la Universidad de La Rioja y Cilengua.

M. GÓMEZ: En esta Mesa Redonda me gustaría plantear algunas cuestiones relativas a la aplicación de los sistemas de marcación en la construcción de un diccionario; al hablar de los sistemas de marcación nos referimos a ese conjunto de etiquetas o marcas utilizadas en las obras lexicográficas para dar cuenta de las restricciones de uso en una determinada acepción o su pertenencia a un registro lingüístico concreto. Su presencia en los diccionarios es fundamental, sobre todo si se pretende que sirvan para la codificación, y aunque se ha señalado repetidamente que son asistemáticas y poco objetivas, no hay diccionario que prescindiera de ellas, ya que, en realidad, se trata de una de las informaciones más valoradas por los usuarios.

En el contexto de estas Jornadas, me voy a centrar sólo en algunas cuestiones sobre la marcación de voces que activan un significado dentro de un campo de especialidad en concreto, un término, una unidad de conocimiento especializado.

La primera cuestión que quisiera plantear es terminológica: ¿cómo denominamos a este tipo de marcas o etiquetas? En la inserción del léxico de especialidad, en el *Nuevo Diccionario Histórico del Español* de la RAE, tarea que estamos desarrollando en Cilengua, en el Instituto Historia de la Lengua, preferimos emplear la denominación de marcas de ámbito o de materia, y no lo denominamos ni marcas científicas, ni marcas técnicas, sino marcación de ámbito o de materia. ¿Por qué? Porque consideramos que bajo esta etiqueta de marca de ámbito o de materia han de señalarse aquellas acepciones de las unidades léxicas utilizadas no solo en áreas del saber científico-técnico, sino también de otros ámbitos, como el de la artesanía, las artes o los oficios. Debemos tener en cuenta que estamos trabajando con un diccionario histórico.

La segunda cuestión que quisiera plantear está relacionada con el número de marcas que han de emplearse. ¿Ha de establecerse una marca para cada ámbito del saber? ¿Cuántas áreas de conocimiento especializado

serán suficientes para dar cabida al léxico de una lengua? ¿Un diccionario general, un diccionario histórico y un diccionario terminológico o especializado necesitan del mismo tipo de marcación? Y estamos hablando de marcación de especialidad. No entro en marcas diatópicas, diastráticas, diafásicas y cronológicas, sólo en las de especialidad. El ámbito de lo especializado, tenemos que tener en cuenta que es algo que va cambiando con el tiempo. Recordemos que la astronomía medieval era heredera de la tradición griega basada en la teoría geocéntrica, esto es, la tierra está situada en el centro, y todos los planetas, incluido el sol, giran alrededor de ella, por lo que todos los planetas tienen período sidéreo. Algo que a partir de la aceptación de la teoría heliocéntrica desarrollada por Copérnico deja de tener sentido. Otro caso es el de la albeitería y la veterinaria. ¿Son denominaciones para la misma disciplina? Si es así, ¿son intercambiables? o ¿una reemplazó a la otra? O la historia natural y la biología, por ejemplo. De acuerdo con la opinión de la profesora Cabré [M. T. Cabré i Castellví: «Terminologia i diccionaris III. A propòsit del Diccionari de la Llengua Catalana», en J. Ginebra *et al.*, *La Lingüística de Pompeu Fabra*, Barcelona 2000, 231-270]<sup>5</sup>, la segmentación del conocimiento es una construcción intelectual y depende de las características de cada época y de cada cultura, y además hay una interferencia continua entre los distintos saberes. La interdisciplinariedad hacia la que todos queremos ir, y a la que no sé si algún día llegaremos, se nos plantea como un reto tanto teórico como práctico. En la estructuración de la realidad en áreas de conocimiento, creemos que es imprescindible tener en cuenta no sólo la época, sino también, como he dicho, la realidad sociolingüística y cultural de la comunidad. En la tradición de España un diccionario no puede obviar incluir una marca para la tauromaquia, por ejemplo; independientemente de lo sensibilizados que estemos, o que algunos sectores de la sociedad se encuentren, respecto al maltrato animal, la tauromaquia constituye una actividad cultural, económica, profesional y de ocio muy arraigada en nuestra comunidad; o, por ejemplo, en el diccionario histórico neerlandés tiene que haber una marca para la construcción de diques,

---

5 Esp. p. 233: «la segmentació del coneixement en àmbits especialitzats no es pot establir ni de manera exacta ni permanent, ja que la segmentació del saber científic en disciplines és una construcció intel·lectual dependent de les característiques de cada època i cultura, i a més hi ha una interferència contínua entre els diferents sabers. No es tracta doncs de concebre el coneixement com una graella quadriculada d'àmbits, sinó de sostenir que el coneixement és circular i que la seva estructuració respon més aviat al model de xarxa que no pas a representacions jeràrquiques».

tiene que haber un área de especialidad que incluya todas esas voces respecto a la construcción de diques; sabemos que los Países Bajos han desarrollado a lo largo de los siglos ingeniosas técnicas de construcción de diques en lucha contra el crecimiento del mar. O, por ejemplo, el diccionario histórico sueco tiene que incluir una marca dentro del área de especialidad de los balnearios, por ejemplo; y el diccionario histórico sueco tiene una marca *balneologisk* para los balnearios y para toda la tecnología relativa a ello; o por ejemplo, para la destilación de los licores propios de los países nórdicos, como es, y me van a perdonar mi pronunciación del sueco, el *brännvin*, que se hace con patata, y hay una marca en el diccionario histórico sueco que es *brännvinsbränningen*.

Pero en el empeño por dejar constancia de aquellas actividades que sean de importancia en la comunidad, el lexicógrafo ha de actuar con cautela, porque numerosos diccionarios no tienen en cuenta que la estructura de la lengua no es la misma que la de la realidad, y caen en el hábito de marcar todas y cada una de las actividades, profesiones o campos conceptuales, y esto acarrea un exceso de marcas.

Nosotros en nuestro trabajo, en la inserción del léxico de especialidad en un diccionario histórico, basamos nuestras decisiones en la historia de la ciencia, en los manuales que recogen el desarrollo de las distintas disciplinas científico-técnicas y en la recomendación de los expertos para la selección de los textos que conformarán el corpus de trabajo y para la división en áreas de conocimiento. Como comenté ayer, es muy importante la marcación, la etiqueta de los textos, cuando se incluyan los textos en el corpus, que lleven un encabezamiento donde se incorpore toda la información sobre la tipología. Sólo si hay cierto desarrollo de una literatura especializada, tanto traducciones como tratados, como manuales, o restos documentales de una actividad profesional escritos en español será necesario recopilar su léxico específico, etiquetarlo e incluirlo en la nomenclatura del diccionario; pero, como he dicho, estamos en ello. Y además la segmentación en áreas de conocimiento se hará también teniendo en cuenta un criterio cronológico, como he dicho, como en el caso de la albeitería y la veterinaria, por ejemplo.

En cuanto a otro tipo de diccionarios, por ejemplo los diccionarios de especialidad, lo que se puede observar es que, por ejemplo, los diccionarios de lengua todos incluyen esa marca de especialidad, ninguno la ignora. Sin embargo, los diccionarios de especialidad por definición no deberían precisar marca de especialidad. Si ya son diccionarios temáticos de un área ¿por qué van a incluir marcas? Bueno, pues, incluyen marcas porque

dada la interdisciplinarietà muchos ámbitos del saber no sólo comparten conceptos, sino la terminología que los representa. Así, por ejemplo, en el diccionario *Oxford-Complutense de Biología* se avisa al usuario, en la introducción, de la incorporación de voces empleadas en otras áreas, por ejemplo, bioquímica, geología, física, química, medicina, paleoantropología, genética molecular, etcétera. Y a pesar de que no hace ninguna referencia a la marcación, incluye marcas explícitas de materias sin abreviar, es decir, en el cuerpo de la definición, en este diccionario, nos avisa, por ejemplo, en *acceptor*<sup>6</sup> que se trata de un enlace químico.

En el diccionario *LID de Empresa y Economía*, tampoco encontramos marcas; sin embargo, en la definición sí se alude al ámbito del saber en que se emplea una determinada acepción; por ejemplo, en la entrada *acción*, empieza la definición «En derecho...».

Otros diccionarios, como el *McGraw-Hill de Física*, incluye una serie de abreviaturas de ámbito o materia, de las diferentes áreas o subáreas dentro de la física, como, por ejemplo, nuclear, así en la entrada *abrasamiento*, hay una marca que nos hace referencia a la física nuclear.

Los diccionarios de especialidad pueden incluir otro tipo de marcas, pueden ser cronológicas. Como el futuro diccionario médico, que está elaborando la Real Academia Nacional de Medicina, tiene la intención –ahora está en proceso de elaboración<sup>7</sup>– de incluir marcas cronológicas, por ejemplo, o marcas diatópicas, diferenciando, por ejemplo, entre el español de América y el español de España en el uso de la terminología médica. Todos estamos esperando ver este diccionario.

Quizá todos pensemos que un diccionario técnico general de todas las técnicas o de todas las ciencias, sí deba incluir marcas. Sin embargo, el *Vocabulario científico-técnico*, excelente, de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales no incluye marcas. ¿Por qué? Porque dentro de la definición ya se avisa al usuario del uso de esa acepción en un área de conocimiento en concreto.

La tercera pregunta que me hago a la hora de diseñar un diccionario es, una vez que hemos establecido las áreas del conocimiento, si es que

---

6 **acceptor** (*bioquímica*) Un compuesto, molécula, ion, etc., al que se le combinan electrones para formar un enlace químico (Magdalena Vidal (2008), en su reseña a este diccionario advierte que *acceptor* debería ser *ceptor*).

7 Véase H. Durán Sacristán, «El *Diccionario de términos médicos* de la Real Academia Nacional de Medicina: un proyecto largamente acariciado que pronto será realidad». *Panacea* VII, n° 24, 2006, pp. 275-278. <[http://www.medtrad.org/panacea/IndexeGeneral/n24\\_tribuna-d.sacristan.pdf](http://www.medtrad.org/panacea/IndexeGeneral/n24_tribuna-d.sacristan.pdf)>.

las hemos conseguido establecer, ¿cuándo ha de marcarse una acepción? Tenemos las marcas, pero ¿cuándo las empleamos? Aunque soy consciente de la complejidad, qué consideramos lenguaje especializado, esa es la gran pregunta.

Sydney I. Landau, en su manual *Dictionaries. The Art and Craft of Lexicography*, habla de los avances en lingüística de corpus, por ejemplo, cómo en un futuro –yo creo que estamos en ese futuro, espero– los lexicógrafos vamos a ser capaces de determinar en algunos casos, si un término es empleado principalmente en un ámbito de especialidad o género, o en un determinado registro o sociolecto marcado; mediante la comparación de la información contenida en los encabezamientos de los textos de un corpus amplio respecto a su género o registro, o simplemente a través de la naturaleza del contenido y de la fuente, el redactor puede deducir si el texto está marcado o no. Si un determinado ítem aparece sistemática y exclusivamente en textos pertenecientes a un determinado género o registro, el lexicógrafo constataría que se trata de una voz marcada. Por otro lado, si en un corpus modular general se incluyen a su vez distintos subcorpus dedicados a géneros específicos o registros particulares, de la comparación de las frecuencias de un mismo registro en las colecciones parciales, automatizable mediante fórmulas estadísticas, resultaría un coeficiente que podría representar en algunos casos una prueba suficiente para marcar históricamente ciertas voces<sup>8</sup>.

Entonces, partiendo de la frecuencia y de la dispersión, como comenté ayer en mi intervención, tiene sentido nuestra concepción de las unidades de conocimiento especializado o términos, como aquellas unidades léxicas que sirven para recoger los conceptos propios de la ciencia, la técnica y la vida cotidiana, por lo que son aquellas unidades que tienen un valor especializado en un esquema conceptual determinado o área de especialidad, esto es, su uso en contexto es lo que permite caracterizar a las palabras como términos.

M. A. GUTIÉRREZ: Muchas gracias. Vamos a pasar la palabra a la profesora Ana Moure que ha llegado a pesar de numerosas dificultades. Por ello le agradecemos de manera particular su presencia hoy aquí entre nosotros.

---

8 S. I. Landau, *Dictionaries. The Art and Craft of Lexicography*, Cambridge University Press 2001(3.ª ed.; 1.ª ed. 1984), pp. 227-228.

A. MOURE: En las notas que traía preparadas, había señalado algunas características de la terminología gramatical latina y justificaba por qué o, más bien, para quién es importante. Ahora, después de haber escuchado a los que me precedieron –veo que todos tenemos problemas similares–, creo que debo aligerar estas notas y pasar a la presentación de nuestro proyecto de diccionario de términos gramaticales latinos y hablar de cómo se han abordado los problemas iniciales. Por eso voy a limitarme a señalar algunas cuestiones generales que tienen implicaciones con la selección de la terminología y con el público al que se dirige una obra de este tipo.

En la filología latina, la terminología gramatical suele aparecer marcada por la continuidad, a diferencia de la vida corta de muchos términos gramaticales actuales que los de mi generación vimos nacer y casi desaparecer. Se debe, como se sabe, a factores como el respeto a la tradición, sobre todo griega, al concepto de autoridad y, sobre todo, a la postura que adopta el gramático ante un término dado, una postura algo parecida, salvando las distancias que haya que salvar, a la que puede tomar hoy un químico con respecto a una fórmula. Generalmente el gramático latino considera que el nombre está motivado –*se llama «x» porque...*– y lo que trata es de explicarlo, de montar una teoría sobre la base de ese nombre, pero sin modificarlo. Es, en suma, la corriente etimologista tan acusada en la mayoría de los gramáticos latinos que tiene como una de sus repercusiones el que terminología y teoría gramatical sean comúnmente realidades inseparables. Gracias a ello se ha conservado la terminología gramatical como parte de la cultura antigua que es, obviamente, objeto de estudio de los filólogos clásicos.

Por supuesto, que también tiene la terminología gramatical interés para las demás filologías, que no son propiamente clásicas, porque sobre la terminología gramatical antigua se organizó la enseñanza gramatical en la Edad Media, naturalmente con sus particularidades, como su preferencia por Donato o su incorporación de nuevos términos, pero, en lo esencial, guiada por los mismos principios, incluso con más énfasis en el criterio de autoridad y constituyéndose en la base de la enseñanza tradicional que perduró hasta mucho tiempo después.

Y tiene también interés en la historia de la lingüística, debido, entre otros factores, a que los términos empleados por un gramático antiguo muchas veces son primeras denominaciones. En ellas se han basado, como decíamos, las teorías más antiguas y, a veces, resulta que también las teorías actuales ofrecen interpretaciones de hechos lingüísticos que resultan

muy similares a las explicaciones antiguas o que, en realidad, ya estaban contenidas en ellas –todos hemos leído artículos de filólogos actuales en los que se señala cómo en la gramática antigua ya se había dado una explicación, generalmente con una denominación determinada, a un fenómeno del lenguaje, que una nueva corriente lingüística vuelve a explicar de la misma manera o de manera muy parecida con otra denominación. El interés para el lingüista va, pues, más allá de la pura nota erudita.

Estos sectores, aparte del «lector curioso» de cualquier otro ámbito, representan el público al que se dirige este trabajo.

La segunda cuestión que paso a desarrollar es la selección de la terminología, pues recoger los términos gramaticales es algo que intentamos muchos desde muchos puntos de vista, como se está viendo en esta Mesa. Yo pertenezco a un proyecto coordinado en el que participamos personas de varias universidades –UNED, Zaragoza, Complutense– con problemas parecidos a los que se han planteado aquí. Nuestro proyecto es hacer un diccionario que no dé la espalda a una obra tan importante como la de Samantha Schad –*A Lexicon of Latin Grammatical Terminology*, Pisa-Roma 2007– que puede tener aspectos criticables –se pueden ver las reseñas y alguno de sus autores, que participan en esta Mesa Redonda–, pero creemos que hay que tomarla como punto de partida para nuestro diseño de un *parvus liber*, dirigido, en cambio, a un público más amplio que el de Schad.

Para esto, los puntos de partida planteados son fundamentalmente dos. Uno es el recoger no todas las palabras que recoge Samantha Schad, sino las que en las teorías terminológicas son consideradas términos, tratando de fijar qué se puede entender por un término. Por ejemplo, si vamos a la página veinte del libro de Schad, se ofrece un criterio amplio para la identificación de los tecnicismos: «a technical term might thus be defined as a linguistic expression regularly used for an object of a technical discipline. Technical terms may be used by both specialists and laypeople, but for both they will be associated with the technical field concerned». Según ello, la terminología gramatical estará constituida por todas las palabras habitualmente usadas en el terreno de la gramática. Unas (casi) siempre tienen valor gramatical al ser las más características de la gramática –las palabras *nominativus*, *praepositio*. Otras son menos obvias, como *vetus*, *vox* –o *barbarus*, que recordaba Javier Uría–, ya que tienen un sentido más general, pero también pueden tener un uso técnico gramatical si están en un contexto de gramática. Del léxico gramatical recogido por Schad forman parte unas y otras: las propias de la gramática, tecnicismos puros y duros fácilmente reconocibles si salen fuera de su contexto gramatical

típico, allá donde quiera que estén, y algunas palabras que pertenecen a la lengua común, si aparecen en un contexto gramatical. En definitiva, el contexto –gramatical– es el criterio delimitador.

Ciertamente, esta postura puede tener algunos problemas, incluso en el aspecto teórico –en castellano se ha señalado, por ejemplo, que no es fácil saber hasta dónde hay desteterminologización del término gramatical ‘género’ en la expresión ‘violencia de género’, mientras resulta evidente que la hay con varios adjetivos o determinantes ‘mal/poco género’. Pero para nuestro proyecto plantea sobre todo dificultades prácticas, pues además de la posible repetición de un trabajo, que ya está bien hecho, supondría una extensión excesiva y poco eficaz.

Debido a ello, se impone establecer algunas restricciones, prefijando qué condiciones tiene que cumplir una palabra para que pueda ser considerada un tecnicismo gramatical, que sea de interés recoger en este diccionario. Un primer filtro, que señala Schad y que aquí nos parece válido para establecer cuáles son las fuentes o el material de partida es el que figure en una obra gramatical. En nuestro caso se trabaja con Varrón, los fragmentos de otros gramáticos de época republicana –según la edición de Funaioli– y el conjunto de los artígrafos, tal como han sido recogidos en la ed. Keil –lo cual no obsta para el empleo de ediciones particulares de cada gramático cuando las hay y para el uso de material informático, en el que trabajan compañeros de otros equipos de investigación– añadiendo a ellos S. Isidoro, para concluir en las fechas del *ThLL* y como testimonio de actividad gramatical en suelo hispano. Otros autores que pertenecen a ámbitos próximos, de obra miscelánea, filosofía, retórica, etc. –más concretamente, Quintiliano, Gelio, Servio y Macrobio– sólo se tienen en cuenta cuando añaden una definición gramatical a los lemas establecidos a partir de los autores estrictamente gramaticales.

El segundo filtro para que una palabra pueda entrar en el diccionario como lema es que sea un término y, para que se pueda entender como ‘término’, me convence bastante el que tenga capacidad de poder ser definido. Este criterio, que he visto expuesto de una forma clara en un trabajo reciente de A. Moreno y M. Ayuso («La lengua de la ciencia en Roma: criterios de identificación y análisis de los términos geométricos en latín», *CFC(Lat)* 27,1, 2007, pp. 45-78) permite restringir el número de términos a los que aparecen definidos, en los diversos tipos de definiciones usuales entre los antiguos, en uso metalingüístico, en clasificaciones o incorporando algún tipo de explicación. No niego que este criterio en su ejecución

práctica pueda tener problemas, pero parece que permite salvaguardar los términos fundamentales.

Por último, unas notas sobre el segundo punto de partida al que me refería antes, es decir, sobre la traducción de los lemas. Se pretende ofrecer la traducción, no de los términos, que suelen ser muy poco informativos por la razón, ya señalada, del respeto a la tradición, especialmente griega, que llevó a los gramáticos latinos a limitarse muchas veces a transcribir los términos griegos. Así, se trata de evitar puras transcripciones o lemas del estilo de *genitivus* ‘genitivo’, que para el lector actual que ya conoce su significado son superfluos y, para el que no lo conoce, la transcripción no le dice nada. Por ello, se proyecta añadir la traducción del término dentro del contexto en el que aparece, buscando el contexto más amplio e informativo de los ofrecidos por los gramáticos latinos, junto al que presente el gramático más antiguo, y dando sólo las referencias de los demás gramáticos que lo mencionan.

Como veis esto es simplemente la presentación de un proyecto que está en fase inicial. Nada más. Muchas gracias.

M. A. GUTIÉRREZ: Empezaré recordando una curiosa anécdota que hace no mucho contaba el académico José Antonio Pascual, director general del proyecto del *DHLE*. Decía él que en su mesilla de noche tenía un manual de autoayuda psicológica y, por otro lado, un manual de gestión. Entrar a confeccionar un diccionario es algo que trastorna al más pintado. Si se analiza históricamente el porcentaje de fracasos que han tenido los proyectos de elaboración de diccionarios, a uno le entran ganas de abandonar. Ayer comentaba el profesor Schmitt que el punto crítico en la elaboración de los diccionarios estaba en la ‘P’, aunque también hay casos que han fracasado en la ‘A’, esto es, casi antes de empezar.

No vamos a solventar aquí todos los problemas, pero, si sirve de alguna ayuda, consideramos esta Mesa Redonda como la primera sesión del diván, a la que podrán suceder otras.

Entramos ya en aspectos más concretos, pero antes de dar la palabra para que quien quiera pueda especificar, corregir, ampliar o replicar lo dicho con anterioridad, quisiera hacer una par de comentarios introductorios a manera de tópicos que puedan guiar la discusión.

En el manual de Colombat hay unas 166 palabras, pero en el de Schad hay unas 1 430. Gidor Bilbao esta mañana ponía el límite para diccionarios generales en unas 5 000. Ahora la pregunta es, ¿qué es lo que separa

un diccionario técnico de uno general? La cuestión sería una vez que empezamos a despojar aquí y allá, ¿dónde estaría el límite?

La otra idea relacionada con esta es: si tenemos en cuenta, un diccionario para consultar e imitamos un diccionario general, o bien si tenemos presente que el que consulta está investigando y espera una disposición diferente, una marcación diferente, y otras diferencias de este tipo. He arrojado la primera piedra el agua y lo demás está en vuestras manos.

J. URÍA: Tomando como referencia el ejemplo de *detractio*, aludido por A. Moure, si el hecho de que tenga valor técnico depende, no de que aparezca aquí en una clasificación técnica que se remite a una tradición griega anterior, sino más bien de que tenga un sentido pregnante, esto es, que pueda significar, eliminación de un elemento lingüístico, sin que se especifique dicho elemento, como *detractio litterae*, o *detractio syllabae*. Se llegaría a ese uso de significado pregnante bien por acumulación de usos donde sí aparece *detractio litterae*, etc., o bien porque hay un momento en que se da un salto en que alguien decide que eso es un fenómeno al que conviene darle un nombre, y ese es el término técnico, y ese adquiere un sentido pregnante. Lo mismo pasa con *elatio* a partir de usos del verbo *effero* donde los designa de una forma concreta, porque se refiere siempre a elementos morfológicos. *Elatio* significa forma morfológica concreta por oposición a otra, para referirse a un alomorfo, por ejemplo. Con las explicaciones etimológicas hay que saber bien lo que se define de verdad y cuáles son los términos, porque los gramáticos latinos a veces dan términos latinos correspondientes a uno griego o latino como si fueran términos técnicos de verdad, y en realidad están haciendo una etimología, idea que tomé de Caster, quien dice que en realidad la mayoría de las veces se trata de etimologías, donde suele haber un término técnico que se define y lo otro son maneras pedagógicas de explicarlo, pero en realidad no son términos técnicos; por ejemplo, *comprehensio* respecto a *syllaba*, *imparilitas* frente a *solecismus*; Celio dice que un gramático republicano utilizaba *imparilitas* como correspondiente a *solecismus*, que es el que acaba como término técnico. Celio cita a ese mismo gramático quien definiendo el fenómeno del *solecismus* utiliza el término *solecismus*.

A. MOURE: Es difícil saber en qué momento se fija un término técnico como tal.

M. GÓMEZ: Voy a hablar sólo de la historia de la lengua española. La transmisión del conocimiento científico se hace a través de la traducción. Somos herederos de lo antiguo y se traduce.

Cuando un copista-traductor, que los pongo al mismo nivel, se enfrenta a un texto científico-técnico y no tiene palabras para recoger ese concepto en castellano, tiene varias opciones: el calco, el préstamo, la glosa, la paráfrasis o una unidad que explique el texto. Hasta que una de esas palabras o expresiones se asienta en la lengua como el término que recoge el concepto, hay un tiempo en el que en los textos conviven todas las formas. Por ejemplo, *orto* y *ocaso* en la astronomía. Hoy está muy claro que *orto* es el nacimiento de un astro por encima del horizonte, y *ocaso* la caída de un astro. En la Edad Media en los textos se encuentra, el *nacimiento* y *caimiento* de los signos, el *nacer* y *caer* de los signos, la *ascensión* o *decensión*, y, en alguno de pronto, del *nacimiento* u *orto*; se mezclan los diferentes términos, pero conviven. *Nacimiento* o *ascensión* ¿no son términos?, ¿sólo el que usa *orto* emplea terminología técnica? Hasta que un término se asiente hay un momento de convivencia. La mayor parte de esos textos son manuales didácticos y en ese afán por transmitir ¿son conscientes de que *ocaso* es un latinismo? Y entonces añaden la *decensión* del signo para aclararlo, pero en la mayoría de los casos se emplean indistintamente. Hoy en día sí tenemos una terminología establecida, y hay reglas y organismos que se encargan de indicar cómo se emplean los términos, pero no en la Edad Media como se refleja en la historia de la lengua española. Por eso con la definición de un término, no me atrevo a decir qué es un término: hasta qué punto una palabra es un término; en los textos alfonsíes ¿no hay terminología?

A. MOURE: De las palabras citadas la más restrictiva es *orto*, y *ocaso* con relación a puesta o decaimiento, etc.

Chr. SCHMITT: Debemos formularnos dos preguntas esenciales en cada traducción: un principio de Schleiermacher, traductor bíblico y crítico de las traducciones bíblicas; para él uno tiene que formular lo que quiere hacer con la traducción: adaptar al texto a un público, o llevar el público al texto. En la tradición bíblica para *inuits* podemos traducir oveja por ‘foca’, pues en su tradición conocen la foca, y nosotros en la nuestra la oveja, por eso podemos traducir así, etc. Acercó el texto al receptor. Tenemos que considerar un *skopós* [‘finalidad, propósito’] en cada texto, esto es, cada texto tiene un interés o un *skopós*, que justifica una aculturación

de todo lo que él quiera decir. Estas son las preguntas preliminares, y entonces tengo que preguntarme para quién escribo el libro o el diccionario. Lo que interesa es traducir según el uso del público.

R. GUTIÉRREZ: Yo quería volver sobre la definición de términos de la profesora Moure. Una primera capacidad es la de ser susceptibles de definición; y después ha hablado de una restricción de significado, un mayor intensión, este sería el caso de *orto*, que podría ser un término técnico, pero normalmente, al menos en las lenguas modernas, también se habla de la ley de la recursividad, es decir, ser homogéneamente empleado en ese significado constantemente y no ser susceptible de un sinónimo. A esto se junta en las traducciones, copias, etc., un problema de corpus y de género, por ejemplo en el caso del Oribasio latino, está claro que el Oribasio griego es un texto perteneciente al género de la medicina y un escrito técnico, pero ¿el Oribasio latino? Es una traducción mal hecha, donde en una página se dan cinco traducciones diferentes de la misma palabra griega, del léxico de la ronquera, *raucitas*, *raucedo*, etc. ¿Habría, entonces, que considerar las palabras utilizadas por Oribasio en la traducción como términos técnicos o no?

A. MOURE: Desde el punto de vista de la elaboración de un diccionario, si es un diccionario digital, no importa tanto la extensión y el remitir de un sitio a otro como el número de términos que pongas; una vez que tú abras uno, el más restrictivo, los demás podrían ir como sinónimos, como cubriendo esa zona. Se trata de presentar un instrumento útil.

Por ejemplo, la reducción de los 1 430 de Schad a 166 de Colombat; hay 115 en un léxico sobre la geometría en latín, a costa de prescindir de muchas de estas palabras de uso ocasional, quedan las que se definen y tienen un uso metalingüístico. Yo no tengo ninguna seguridad, estoy llena de dudas.

Chr. SCHMITT: El problema es conocer cómo se enseña la terminología gramatical. No sé si conocen una traducción de Prisciano en 2007, de Schönberger, a un alemán, que es un ‘chino universitario’; nadie comprende la traducción, lo que falta es una reinterpretación de su traducción. Hay que evitarlo.

M. A. GUTIÉRREZ: Yo creo que si no se entiende la traducción es que tal vez esté bien hecha, pues Prisciano es a veces tan complejo que es casi

imposible no solo traducir, sino incluso puntuarlo. A veces incluso con afirmaciones simples, pero es tan difícil que a veces parece Joyce –si lo hubiera leído, le hubiera encantado; al fin y al cabo él era también un buen conocedor de las lenguas clásicas.

Si tomamos el léxico de una manera tan restringida, nos encontramos con un léxico científico, en foto fija, valga la metáfora. Pero lo que más preocupa en el sentido teórico, y también en el práctico, es la situación intermedia, un término lo es porque lo es, o lo interpretamos como tal de forma interesada como técnico. Entonces nos encontramos con varias circunstancias. Me remito a lo dicho por Marta: un término técnico para fijarlo de manera escolar, hay que pasar por sucesivos estadios de fotos fijas, no podemos hacer cine, esto implica que debemos saber que vamos a perder información, abundante, luego qué métodos tomamos: perder lo menos posible, y es más densa la entrada; en número es limitado, pero en desarrollo amplio; o bien hacemos al revés, muchas entradas y poco desarrollo. También hay un problema macro: si sabemos cuántas son no importa que la extensión sea mucha, pero muchas veces modelizado el nivel micro no sabemos cuántos términos, y entonces la obra es interminable, más que una enciclopedia, esto es, hay que tomar medidas restrictivas, pero no todo puede controlarse desde el principio desde el punto de vista práctico, sino que hay que actuar de manera intuitiva. Hemos optado para curarnos en salud y, al modelizar el *DECOTGREL*<sup>9</sup>, sólo lo hemos hecho con dos libros de Prisciano; y han salido 1 050 páginas. Sobre este dato podemos hacer previsiones; y si es demasiado ese tanto por ciento para el conjunto, se mete la tijera donde y como se estime oportuno. Además, como se trata en definitiva de un diccionario electrónico las limitaciones son diferentes porque la dinámica de publicación y consulta es diferente, afortunadamente.

B. URGELL: Visto desde fuera la pregunta sobre 166 o 1430, no tiene una respuesta única, hay que tener presente los medios humanos, materiales, formato, tus propias fuerzas, etc., luego es preciso cortar.

Nosotros optamos por empezar por cosas humildes, pues nuestras fuerzas son humildes, se hace un protoensayo y luego se verá, pero hay

---

9 Un ejemplo, provisional, del modo de trabajo y de exposición del material, puede verse ahora en la página <<http://latinalexis.com/decotgrel.htm>>, que el grupo de investigación está construyendo en la actualidad.

que ser realistas. Hay proyectos muy distintos, también los destinatarios son diferentes, y eso hay que tenerlo en cuenta.

Chr. SCHMITT: ¿Para quién es este manual? ¿Qué fines persigue? ¿Cuándo lo usará un estudiante? Estas son las preguntas cruciales.

M. A. GUTIÉRREZ: La respuesta en nuestro caso es: un manual pensado para investigadores, tiene la ventaja de que siempre es susceptible de presentarse en varios formatos por ser en inicio muy amplio, esto es, extraerse materiales subsidiarios que pueden ser de gran calidad si en origen la calidad es alta.

A. MOURE: En Schad no aparece apócope.

J. URÍA: No sale.

A. MOURE: Es curioso, Pero si está en la teoría gramatical, ejemplo, ‘vivere no viver’.

J. URÍA: En la introducción Schad dice que sigue el criterio de que si los términos griegos aparecen en versión latina entonces los incluye, y en caso contrario no.

M. A. GUTIÉRREZ: Pero puede no estar claro si en el original latino estaba o no transcrito, a veces.

A. MOURE: Pero puede estar transcrita en caracteres latinos, en efecto.

J. URÍA: Pero, a mi juicio, a veces como una solución útil a este problema técnico/no técnico, puede haber una cuestión de grados, uno lo es más que el otro, pero el otro no deja de serlo; cabe la duplicidad, o bien que se adapten los términos griegos de diversa manera. Operaría con el término que sea más informativo en contextos menos claros u opacos. El uso pregnante. Lo mismo que dice *detractio*, se puede decir de otra manera, con verbo más complemento, etc.

A. MOURE: En el diccionario histórico ya no es un problema que el lema sea una frase, una lexia compleja.

M. GÓMEZ: Claro, porque un *Diccionario Histórico* no es un diccionario especializado. Por ejemplo, *cabeza de dragón* tendría una entrada en *cabeza* y otra en *dragón*. Dentro de una u otra son posibles unidades pluriverbales dentro de una entrada mayor.

Otra cosa son los diccionarios temáticos: si no hay un artículo para *sangre*, cómo incluir a *sangre fría*. En los técnicos, a cada entrada corresponde un concepto, se definen los conceptos. El histórico es un diccionario al uso, pero sin restricciones de tiempo, es general, total. Sólo de tiempo, con corpus modulares, uno pequeño al inicio y representativo, que va creciendo, siempre en progreso, se van añadiendo textos.

La ventaja del formato electrónico es el acceso a la información, cada usuario selecciona lo que le interesa, seleccionando la interfaz a través de desplegables dependiendo de la información que quieras recibir, hasta dónde se quiere llegar en la historia de un palabra.

R. GUTIÉRREZ: En este sentido, es difícil trasladar el modelo cartáceo al electrónico, la información del *ThLL* no se puede presentar fácilmente en una página electrónica, por ese motivo las pruebas que se han realizado hasta la fecha para pasar al formato electrónico han ocasionado muchos problemas. Por ejemplo, los desplegables nunca funcionan bien en el *ThLL*.

J. URÍA: Respecto a las soluciones pluriverbales, T. Cabré y otros piensan que se deben hacer una serie de pruebas, de tal manera que deben poder actuar solos, no admiten en su interior otros elementos, esto es, han de ser intercambiables: *cola de dragón* lo es, pero si admitiera en su interior otro elemento, como *grande*, entonces ya dejaría de serlo.

M. GÓMEZ: Hay gente que trabaja con verbos, unidades pluriverbales, el equipo de Cabré, y su *BD* es plurilingüe, en su página Web están todas sus publicaciones.

J. URÍA: *Apócope* no está en Schad porque en las gramáticas aparece en la tercera parte, la que concierne también a la retórica, y estas circunstancias son precisamente lo que evita Schad, por eso no está tampoco *afaíresis*, etc.

M. A. GUTIÉRREZ: Hay voluntad de interdisciplinariedad en el *DECOTGREL*, pero hay que distinguir *inter pares*, o bien con labor ancilar,

que es nuestro caso. Hay motivos para que las cosas sean así: unos inherentes al propio texto porque se junta lo retórico con lo gramatical, porque hay muchos gramáticos que se interesan por los valores pragmáticos, que entran dentro de lo que para los antiguos era la retórica; entonces son usos retóricos hermanados con la gramática. Hay grados de acercamiento entre unos y otros, así elementos relativos a la métrica que quedan excluidos. Hemos recogido en un apartado especial estas citas que están entre lo retórico y gramatical, y que pueden interesar a un determinado tipo de personas con unos intereses concretos; a veces puede ser que sólo les interese este tipo de usos: por ejemplo, usos funcionales de unos casos por otros, y cosas por el estilo. Nuestro diseño puede ir más allá de la división en términos técnicos/no técnicos, y superar esta discusión, que puede llegar a ser innecesaria o carente de sentido. La modelización puede ser tan importante como las entradas, y no importa demasiado que tengamos 100 o 500, porque las subdivisiones pueden ser tan eficaces que 100 puedan llegar a ser mejor que 5 000 entradas.

M. GÓMEZ: El tipo de diccionario es muy importante: qué, a quién, para qué, etc., y entonces empiezas a tomar decisiones.

M. A. GUTIÉRREZ: No se puede homogenizar todo el material. Hay cuestiones que son heterogéneas, y pueden hacerse de diversas maneras y recibir críticas. A veces puede que ya no se pueda sistematizar más.

M. GÓMEZ: Todo es criticable, pero puede ser positivo y mejorable, pero es necesaria la ayuda de muchos. Nunca se puede hacer todo, «esto es lo que podemos hacer», como dice el profesor Pascual; tenemos nuestras limitaciones. Bienvenido sea. El formato electrónico permite mejorar, cambiar, ampliar, y a veces lo que ahora creemos que es lo mejor la pancea, dentro de cierto tiempo vendrá alguien que nos haga cambiar de opinión.

M. A. GUTIÉRREZ: ¿Cuánto ha podido costar el *ThLL*? ¿Se puede saber?

R. GUTIÉRREZ: No se sabe. Lo empezó Luis II de Baviera, pero no se sabe. En los años 60 y 70 del siglo pasado se buscó redactar los artículos según una estricta estructura dicotómica, que a veces no es posible. Primero era «amigo de las palabras», y luego «amigo del usuario». Estas

se basan en criterios lógicos, no lingüísticos, y ello puede desvirtuar el análisis semántico de las palabras. Deben tenerse unos criterios editoriales fijos, pero ser flexibles en la aplicación.

J. URÍA: Si los criterios de las definiciones no están asentados, esto, entonces, crea ambigüedades.

M. A. GUTIÉRREZ: ¿Cuál es la plantilla del *ThLL*?

R. GUTIÉRREZ: Todo es manual.

Chr. SCHMITT: Consta de 12 millones de fichas. Informatizarlas llevaría alrededor de 10 años.

R. GUTIÉRREZ: Merecería la pena volcarlo a un archivo electrónico en lugar de seguir con el complejo sistema manual. Son reacios a los métodos informáticos. Las bases de datos no son apropiadas, habría que hacer unas nuevas *ad hoc*.

J. del HOYO: ¿Cuánto duran de media los investigadores?

R. GUTIÉRREZ: Dos años, como mucho. Riks le dijo al Dr. Plander antes de incorporarse al *ThLL* que una vez que empezara a colaborar «solamente tendría como máximo cuatro años de estabilidad mental».

M. GÓMEZ: Según una novela, el principal contribuyente al *Oxford Dictionary* fue un loco, y cuando Murray supo quién era ése que hacía tantas fichas, fue a verlo a la institución mental; en este libro se ve cómo se hace un diccionario del siglo XIX.

A. MOURE: Un día me encontré en el portal de mi casa con Calonge, y al preguntarle qué hacía por allí me dijo: «ha fallecido María Moliner, que vive aquí». Yo, sin embargo, no la había visto nunca, y ese día tuve la primera noticia de que María Moliner vivía en mi mismo edificio.

Chr. SCHMITT: Du Cange, trabajaba cada día más de 12 horas, y pedía disculpas por haber trabajado sólo 6 horas el día de su boda.

M. A. GUTIÉRREZ: Ha llegado la hora de poner fin a esta Mesa Redonda por razones de fuerza mayor, pero queda abierta la puerta para la realización de futuros encuentros, que esperamos que sean tan fructíferos como el del día de hoy. Muchas gracias a todos, a los ponentes por sus exposiciones y aportaciones, y al público por su presencia y su atención durante estas tres horas.

